

La letra pequeña de los acuerdos de Bruselas

SERGIO ALEJANDRO GÓMEZ

LAS CLAVES para entender el trasfondo político de la crisis económica en Europa no parecen estar en las rimbombantes declaraciones de la prensa, sino en la letra pequeña que sustenta los acuerdos de Bruselas.

A finales de junio pasado, el Consejo Europeo celebrado en la capital belga desató una ola de euforia con la aprobación por parte de los 27 países miembros de la Unión Europea (UE) de “nuevas” medidas para enfrentar la grave situación económica que vive el bloque.

La recapitalización directa de los bancos sin intervención de los Estados nacionales y la posibilidad de que los mecanismos de estabilidad financiera europeos interviniesen en los mercados para controlar las tasas de interés que pagan los países por emitir deuda —ambas iniciativas impulsadas principalmente por España e Italia—, ocuparon los titulares de buena parte del mundo, al tiempo que llevaron un hábito de esperanza a los países más afectados por la actual crisis económica.

Cerca de dos meses después, la implementación de esos acuerdos ha borrado toda huella de optimismo. Algo que no debería sorprender a quienes revisaron minuciosamente “la letra pequeña” de los documentos de Bruselas.

En el caso del rescate directo de los bancos, una medida vital para España —que solicitó un salvamento para su sector financiero de 100 mil millones de euros—, se impusieron una serie de condiciones previas que hacen inviable su aplicación, al menos en el mediano plazo.

Para que este tipo de acciones se lleve a cabo, la UE tiene que poner en marcha el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) —sustituto permanente del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF), de carácter temporal— y establecer un supervisor común para el conjunto del sistema financiero del bloque, lo cual no se espera hasta entrada del 2013, confirmó entonces el vicepresidente de la Comisión Europea (CE) y titular de Asuntos Económicos, Olli Rehn.

Rehn agregó que esa “reforma de calado” supone, de

hecho, un paso hacia la integración bancaria de la Unión Europea, una de las variantes que se han manejado para solucionar los problemas de un bloque en el que conviven países casi en bancarota como Grecia y, en menor medida, España, con una nación como Alemania, cuyo superávit comercial es similar al de China con Estados Unidos.

España no podía esperar un año para el socorro de sus bancos, por lo que los primeros 30 mil millones de los 100 mil millones prometidos llegarán por la vieja ruta FEEF-Estado español. Esto deja indemne, al menos por ahora, el ciclo vicioso entre la deuda de los bancos y la deuda pública.

A mediados de julio, cuando trascendió el Memorando de Entendimiento para el otorgamiento de los fondos a España, El País reportó que este incluía 32 condiciones para el sistema financiero y alguna más, en paralelo, para el conjunto de la economía española.

“El documento lo componen 20 páginas plagadas de exigencias que cambiarán de arriba abajo el mapa bancario español y, de paso, parte de la política económica de los próximos años, empezando por una nueva tanda de recortes”, precisó el diario.

También alertó que los acreedores podrán acceder, “bajo estrictas condiciones de confidencialidad”, a todos los datos del sistema financiero español que necesiten, lo cual despoja al Ministerio de Economía ibérico de muchas de sus competencias y deja al Banco de España bajo la tutela efectiva del Banco Central Europeo (BCE).

Y si a alguien le quedaban dudas de que dicho rescate repercutiría en los ciudadanos españoles, baste mencionar que los recortes establecidos por el Gobierno conservador de Mariano Rajoy hasta el 2014, cifrado en 102 mil millones de euros, coincide casi milimétricamente con el monto de la “ayuda” europea.

El otro supuesto hito de la Cumbre de junio, la intervención europea en los mercados de deuda o el “escudo antiprima de riesgo”, como lo llamaron algunos, ha corrido una suerte similar.

Desde el inicio se alertó que solo un país “virtuoso”—esto



es que cumpla con las exigencias de Bruselas en materia económica— podría demandar que los mecanismos de estabilidad financiera del bloque adquiriesen títulos de su deuda pública para forzar a la baja los tipos de interés (o prima de riesgo), sin asumir a cambio nuevas condiciones con los prestamistas.

Nuevamente la “letra pequeña” de marras establece que la intervención de los fondos queda subordinada a un Memorandum de Entendimiento con el país receptor, lo que supone un plan de rescate en toda regla, según los analistas.

Al respecto, todavía persiste el oscurantismo sobre cuáles serían las condiciones impuestas por Bruselas para realizar esta operación y muchos esperan a que las próximas Cumbres de la CE aclaren este tema antes de tomar una decisión.

Pero lo cierto es que Italia, una de las naciones más necesitadas de este tipo de ayuda —pues tiene una balanza comercial positiva hasta el momento de pagar su deuda pública—, no ha recurrido todavía a esta opción, a pesar de que los tipos de interés a los que está sujeta en los mercados están asfixiando su economía.

En medio del alborozo del encuentro a fines de junio, las impresiones de la canciller alemana, Angela Merkel, no fueron las más destacadas, pero la realidad ha demostrado el laconismo de sus palabras: “No nos hemos salido del sistema: prestación, contrapartida, condicionalidad y control”.

La sequía ciega el río Mississippi

El Mississippi está casi sin agua y con la brusca caída del nivel comienzan las restricciones al tráfico de embarcaciones en el mayor río de EE.UU., una de sus arterias comerciales. Es el efecto más visible de la grave sequía que azota este verano al país y que tiene secas como piedras el 78 % de las tierras de cultivo de cereal, con el consiguiente efecto para el precio de los alimentos.

El bloqueo del tráfico fluvial se hizo el lunes para que el servicio de guardacostas pudiera medir la profundidad y poner nuevos marcadores que permitan a los navíos circular sin riesgo de encallar. Un centenar de embarcaciones se han visto afectadas, esperando a que se abriera el paso a la altura de Greenville, donde el agua está a un nivel que no se veía desde 1998.

El Cuerpo de Ingenieros de la armada, entre tanto, ya retira tierra del fondo con el fin de habilitar la profundidad necesaria para que pueda seguir siendo navegable. Por ese canal transitan las barcazas que transportan materias primas como carbón y productos agrícolas desde el centro del país hacia el golfo de México. Si se pierde el río, el efecto es como el de cerrar una autopista interestatal.

Los cultivos de soja y trigo necesitan con urgencia la lluvia; los de maíz ya sufren daños irreversibles.



Una draga retira tierra del lecho fluvial cerca de Memphis. FOTO: AP

Se trata de la mayor sequía que sufre EE.UU. desde 1956. Empezó en el medio oeste y la mancha roja de los mapas que distribuye el Departamento de Agricultura se hace cada vez más intensa y cubre ya más de la mitad de los condados. El primer efecto se notó en las plantaciones de maíz. La falta de agua afectó al proceso de polinización del cereal, lo que provocó daños irreversibles.

Ahora lo que está en peligro son la soja y el trigo, que necesitan con urgencia de las

lluvias. Eso explica los precios récord en los mercados mundiales de derivados y la preocupación creciente tanto de las Naciones Unidas como del Banco Mundial por su impacto en la cadena de suministro de alimentos con origen en EE.UU. hacia países importadores de cereal más vulnerables.

El pasado julio ha sido el más caluroso desde que se iniciaron los registros de temperaturas. Los precios para las entregas de maíz ya estaban ese mes al doble de lo que se pagaba hace cuatro años, cuando la últi-

ma crisis alimentaria inició su espiral e hizo temblar a los países asiáticos y africanos. Rusia ya se está planteando limitar sus exportaciones para cubrir la demanda interna.

EE.UU. es el mayor productor mundial tanto de maíz como de soja. La sequía va a provocar que la producción del cereal se sitúe este año en su nivel más bajo desde el 2006. En el caso del trigo, es el tercer mayor exportador del mundo, pero el valor nutricional de este es mucho mayor que el del maíz, lo que crea mayores problemas para los países que dependen de esta materia prima.

Si las lluvias no llegan pronto, el impacto económico de la sequía puede también trastocar la campaña a las presidenciales de noviembre. La Casa Blanca asegura a los agricultores y ganaderos afectados que se movilizarán recursos para ayudarlos. Pero las arcas públicas en EE.UU. también están secas por la abultada deuda que arrastra la nación, que supera su Producto Interior Bruto.

Para complicar aún más las cosas, la sequía se cuela también en el debate sobre la dependencia energética de EE.UU. Los productores de carne, como también hizo días atrás la ONU, piden a Washington que reduzca la cuota del cereal destinado a la producción de etanol para así reducir la presión en el precio de los alimentos. La industria cree que esta medida no tendrá un gran efecto. (Tomado de www.iberoamerica.net)